

ESCENARIS

II. Espanya i arreu

Fusión de talentos en *Puerta del Sol* Un episodio nacional

Magda Ruggeri Marchetti

Puerta del Sol, de Benito Pérez Galdós. Adaptació teatral: Jerónimo López Mozo. Direcció: Juan Carlos Pérez de la Fuente. Escenografia i cartell: José Hernández. Música: José Miguel Fernández Sastrón. Intèrprets: Carlos Álvarez-Nóvoa, Jesús Noguero, Juan Díaz, Chete Lera, María Valverde, Ramón Barea, Luís Perezagua, María Alfonsa Rosso, Zutoia Alarcia, Paco Racionero. Teatro Albéniz, Madrid, 12 de setembre de 2008. Espectacle commemoratiu del bicentenari del 2 de maig de 1808.

Jerónimo López Mozo, uno de los más destacados dramaturgos contemporáneos, ha adaptado el tercero de los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós transformando un personaje de ficción, Don Gabriel de Araceli, en un ser real al que acude el joven Galdós para que le relate su vida, pero permaneciendo fiel al texto original y respetando la prosa del gran narrador. Sólo dos partes son creación del adaptador: la

magnífica intervención de Galdós, ya mayor, solicitado a intervenir en la conmemoración del primer centenario, y el final. El monólogo del escritor canario vehicula, sobre todo, el pensamiento del adaptador del texto, que resalta la espontaneidad de la revuelta del 2 de mayo: «Prendieron la mecha, insisto en que sin proponérselo, de la guerra de la Independencia [...] movidos por la humillación a la que les some-

tieron aquellos extranjeros...». A pesar de la gran cantidad de sucesos consigue una dramaturgia bien hilvanada que mantiene viva la atención del espectador.

Juan Carlos Pérez de la Fuente, innovadores director —no podemos olvidar sus estupendos montajes realizados durante su dirección del Centro Dramático Nacional—, ha llevado brillantemente el texto al escenario, siguiendo las aventuras del joven Gabriel (Juan Díaz) con una puesta en escena espectacular, integrando lo épico y lo narrativo, la vivencia personal con los acontecimientos históricos mediante un espacio escénico, iluminación y medios audiovisuales muy bien elaborados. En efecto, Gabriel de Araceli anciano (Carlos Álvarez Nóvoa) al principio accede con gran reticencia a narrar al joven escritor los sucesos que ha vivido y junto a él contempla, y comenta a veces, los hechos que se materializan en el escenario, protagonizados por el Gabriel joven. Con maestría, adaptador y director juegan con el tiempo, lo dilatan y lo confunden, adentrándose en un laberinto donde se mezclan pasado, presente y futuro. Observamos así al motín de Aranjuez, a la cicatería patológica de los tíos de Inés (María Valverde), a las peripecias de Gabriel que, preocupado por su amada, se ve arrastrado por un grupo de facinerosos que le llevan a asaltar el palacio de Godoy. Siguiendo siempre los pasos de Inés, y con la intención de liberarla de los tíos, el joven termina involucrado en la revuelta, muy ajeno a sus razones, pero tomando cada vez más conciencia. Asistimos, casi participando en ellas, a feroces luchas callejeras con cinco soldados sobre caballos en soporte mecanizado, estampidos y humos de disparos y cañonazos, en

un imponente montaje que nos sumerge en el Madrid del histórico momento.

La magnífica escenografía se sirve de seis andamiajes sobre ruedas, revestidos de arpilleras estampadas en que se recortan puertas y ventanas. Son casas que ora flanquean la plaza central, ora se desordenan para delimitar las callejuelas y rincones escenario de lucha. El esquemático interior de una de ellas se anima ocasionalmente como hogar de los Requejo (Chete Lera y María Alfonsa Rosso), tíos de Inés. El terreno de la acción se extiende desde el escenario por un pasillo elevado al centro del patio de butacas hasta el fondo de la sala: desde allí surge la caballería francesa, soldados y mamelucos con turbante, hacia allí miran desolados los insurrectos divisoando las cerradas formaciones del invasor que se aprestan al contraataque.

Las escenas de lucha, con momentos de fugaz estatismo, son explícitas y perfectas composiciones de estampa goyesca de sables, navajas, caballos espantados, sangre y caídos, inmortalizados en cuadros como *La carga de los mamelucos*. El humo y el sabio uso de las luces dan una profundidad a los planos que los arrancan del recinto teatral para proyectarlos en el universo de la ciudad, como sucede también con la hoguera que ilustra el motín de Aranjuez. La acción coral y el fragor de la lucha se realzan por el sosiego de los momentos narrativos entre Galdós (Jesús Noguero) y Gabriel de Araceli. En recuerdo de las figuritas de papel que recortaba Galdós, López Mozo idea el eficaz recurso de transformarlas en estatuillas que manejan sobre una mesa, a modo de tablero de ajedrez, para representar el ascenso o caída de personajes históricos que prota-



■ *Puerta del Sol*, de Benito Pérez Galdós. Dirección: Juan Carlos Pérez de la Fuente. Teatro Albéniz, Madrid, 12 de septiembre de 2008. (Teatro Albéniz.)

gonizaron el momento. La marcha real y motivos populares de aquella guerra subrayan eventos concretos. Otro brillante efecto consiguen las numerosas linternas, puntos luminosos en el escenario oscuro, que los sublevados dirigen hacia el público en algún momento.

El ritmo con que Juan Carlos Pérez de la Fuente administra este conjunto de recursos rapt a la atención del espectador y consigue plenamente el efecto catártico de una atmósfera épica. Se abre con el espectáculo audiovisual de un tsunami de masas de agua azulada que se proyecta a todo lo ancho del escenario y avanza hacia el público por los laterales de la sala, con fragor de terremoto y mar embravecido y se cierra con otro tsunami rojo: la sangrienta e imparable sublevación del

pueblo. El significado de todo aquello se resume en las consideraciones que López Mozo pone en boca del Galdós (Ramón Barea) que participa en la conmemoración del I centenario, sobre la espontaneidad de la rebelión y el racial desprecio por la desproporción de las fuerzas y el costo en sangre que podría suponer, resaltando sobre todo la grandeza y trascendencia histórica del gesto. Las palabras finales aportan un toque de humana piedad: «Pero los muertos no lo supieron».

Una mención aparte merece la estu-penda interpretación de conjunto, tanto de los actores que representan a los protagonistas, como de los que encarnan diferentes personajes. El público, que llena la sala cada día, expresa su entusiasmo con aplausos y efusivas ovaciones.